

Los genios *no saben* escribir

MARCO AURELIO CARBALLO

Maestro Víctor Manuel Camposeco, esas horas dedicadas a resumir la mitad del libro de Stephen King lo disfruté con la fruición del autodidacto obsesivo y compulsivo. Como la otra mitad es parte de su autobiografía, la leí con curiosidad. Leí dos o tres novelas suyas después de saber, a toro pasado, que había visto películas basadas en textos suyos. El resplandor quedó fija en mi tembleque memoria ve tú a saber por qué razones. Aquella escena diabólica según la cual Nicholson ha estado tecleando cuartillas en blanco hizo estremecerme de terror. Entonces estaba vultoloco por una mujer y en la sala me limité a tomarla de la mano y a besársela cuando Nicholson mostraba su dentadura de hiena y sus ojos empeñados en desaparecer más allá de las cuencas, arriba y a la derecha. Ella no volvió a contestarme el teléfono.

Admiro a personajes como King y como Bradbury, luego de conocer parte de su vida. Sobre todo la actitud pertinaz de ellos ante el rechazo una y otra vez de sus cuentos. Algo así hizo Flaubert con mayor talento según los críticos, y también lo ha hecho la gran mayoría. Bashevis Singer dijo que sólo uno por ciento de los

escritores escribe bien. Ignoro si ese uno por ciento lo constituyen los genios o mitad genios y mitad macheteros. La lógica me hace deducir que es lo segundo. He aprendido gracias a Flaubert que los talleristas no aprenden de los genios porque escriben mal o regular. Aprenden de los segundones. Chandler se consideraba un poeta de segunda y acaso un narrador de primera. Flaubert no se consideraba un genio, aunque tampoco lo dijo con claridad. Se deduce de lo que confiesa en sus



Iris Aldegani

cartas. Vargas Llosa ha dicho que puedes construirte una genialidad humana. Los genios tienen una obra vasta y los que no (Flaubert o Chandler), media docena de libros. Lo cual no denota que sea un genio quien tenga cuarenta novelas en su haber.

Esto de calidad y cantidad me deja frío investigarlo, no porque no me interese, porque soy un teclador retardo y, siendo así, el tiempo se acaba.

Respecto a King, creo que es de los pocos autores que habla sobre el oficio, en *Mientras escribo* (Plaza y Janés), un manual casi completo. En tanto autodidacto mis lecturas son desordenadas y puede haber otros textos y los hay y los he encontrado, pero me han producido una somnolencia canija. No ha sido el caso del texto de King, el más completo a mi juicio, aunque me exponga a que haya tal o cual más completo y mejor. Antes del libro de King he releído con placer el *Oficio de escritor*, tanto el tomo I como los demás, desde hace unos treinta y tantos años. Acabo de leer las entrevistas de Mauriac y la de Forster, porque no había leído nada de ellos. ¿La condición humana es de Mauriac? Cuando traté de leerla, hace unos años, terminó en la basura. Qué buen título y qué fea novela. Sigo sin leerles nada, pero no quise posponer la lectura de esas entrevistas y he encontrado coincidencias...

Quien sabe en qué y en cuál coincidamos tú y yo, querido maestro. Tú, un estudioso, desde que leíste toda la biblioteca de Tapachula, mientras que a mí la entrada me deprimía porque el sol, en horas de biblioteca, le pagaba de frente y con ganas. Cuando revelaste que había acceso por dentro sentí no haber reportado bien esa nota... Recuerdo que entré al palacio municipal ya de adulto, cuando trabajé un año en *El Fronterizo*, diario efímero. Iba a la oficina del fiscal en busca de noticias. Tampoco reparé en la entrada interna a la biblioteca. Leía tumbado en la hamaca, he escrito varias veces, y con una jarra de agua de limón y cubos de hielo. Ahora sueño con regresar a la tierra, tumbarme en la hama-

ca y beber vodka tónica y doble cantidad de hielo. En el DF, sin hamaca, prefiero jaiboles nada pálidos. Respecto a los talleristas estoy angustiado. Me he hecho la ilusión de que, de la quincena, doce organicen sus respectivos talleres de narrativa. Seis, podrían resultar mejores coordinadores de taller que escritores, con las excepciones del caso, así como hay buenos profesores de periodismo y de literatura sin publicar. Pero igual tiemblo aterrorizado, como si estuviera viendo a Nicholson reír y mirar de reojo, porque esos coordinadores de talleres mal enseñen porque hubieran entendido al revés las cosas. En eso he estado reflexionando luego de tu visita a los compañeros.

El dilema es el siguiente: La teoría tiene varios ángulos peligrosos. Primero que yo la exponga mal. Segundo que la exponga bien y ellos la mal interpreten. De pronto alguien dice, es que tú dijiste que el asunto era así, y no es así. No obstante, cuando les pregunto si tienen dudas guardan silencio. Pero mis viajes a Tapachula, para coordinar lo del taller, me han enriquecido tanto o más que la botana de La Mesa Redonda. En caso contrario ni hubiera hecho el resumen de lo de King ni escrito mi octavo mamotreto.

Camposeco provoca adicción

Cuando supe que Víctor Manuel Camposeco volaba como piloto comercial del DF a Tapachula y que salía del hotel para volver a subirse al avión, sin ir más allá, guardé silencio. Quién sabe por qué no sentía ganas de pasear por su vieja ciudad, la de su niñez y su adolescencia. Conozco a dos o tres paisanos que juran que ni muertos regresarán a Tapachula. Cada uno habla de su pueblo, imagino, según le va en él.

Respecto a Camposeco he construido en mi mente una biografía incompleta con su novela, *Correo de Hiroshima*, y con sus relatos, *Cuentos de volada*. Podría hacerle preguntas para completar su perfil. Podría atacarlo a preguntas. Es mi fuerte. Pero decidí conocerlo

por medio de sus libros. Las razones son acaso nuestros puntos de coincidencia. El pueblo, las lecturas y el amor por los libros.

Hay un punto en el cual no coincidimos, pero eso no me aparta de él. Lo siento complementario y suscita mi admiración. Ese punto consiste en que Víctor Manuel es un investigador acucioso de la literatura. Disfruta pasar horas y horas leyendo en la búsqueda de información. Así lo hace para escribir su tesis doctoral y así lo hizo para obtener la maestría. Un investigador de ese rango debe tener tanto la disposición como el temperamento.

En mi caso leía tumbado en la hamaca y cuando conocí la primera biblioteca, la de la prepa, me rehusé a tomarla como centro de investigación y de estudio. Corría el mito de que sobre la mesa de lectura, como de tres metros y bien pulida, el director fornifollaba con la bibliotecaria en turno. Pero si iba a la biblioteca municipal corría el riesgo de caer derretido por el sol rajabanquetas, que le pegaba de frente mañana tarde y moda. Víctor Manuel dijo que había una entrada, a la sombra, por dentro del palacio, pero yo tenía ya el prejuicio bien arraigado.

Nacimos en la misma región, tuvimos una niñez parecida y leímos harta literatura, pero hay algo más por ahí que nos hace distintos. Debimos haber coincidido en las calles sin darnos cuenta. Incluso él iba al negocio de mi padre por el periódico del DF para él y para su tío. Víctor Manuel se hizo aviador y yo reportero. Nos conocimos en Tuxtla Gutiérrez en una reunión de escritores, cuando él había publicado ya su Correo de Hiroshima. Me gustó la prosa y la estructura con las cartas intercaladas y los párrafos derivados de su diligente investigación.

Acabo de releerla porque Víctor Manuel consiguió reeditar esa novela. La segunda edición. A la excelente historia que él narra debe agregarse la bella hechura del libro como tal.

Pocas semanas después me dio la sorpresa con su libro de cuentos. Los leí de volada.

Puedo afirmar que la novela y los ocho cuentos son casi perfectos. Me gustaron la novela y todos los cuentos, al contrario de lo que ocurre con libros de media docena, o una docena de historias, cuando el lector dice: "El cuento que más me gustó es tal o cual". Una apreciación en positivo porque en negativo no se atreve a decir que fue el único que le gustó.

No es el caso de Cuentos de volada. Todos resultan atractivos y nos permiten conocer una amplia gama de historias sobre el mundillo de la aviación. Están bien escritos y con bastante humor lo que muchos lectores agradecemos.

Camposeco ha cumplido con creces la divisa entre los narradores de escribir sólo de lo que uno sabe y domina. Incluso podría convertir en novela cada cuento, porque los cuentos son eso, esencia concentrada de novelas.

En Cuentos de volada, el titulado "Crónica de un crimen colectivo", es una trágica historia, escrita con las técnicas modernas de la narrativa. También, una denuncia de los errores cometidos por corruptos funcionarios públicos.

Víctor Manuel está escribiendo una novela, aparte de su tesis para obtener el doctorado. Sin temor a supersticiones ni a maleficios, porque es de mala suerte..., me confió que el personaje termina reconciliándose con su pasado.

Mantendré mi posición de no reportear su vida en Tapachula. Esperaré sus libros y ahí, leyendo entre líneas, hallaré las claves complementarias.

Mi postura nada tiene que ver con los lectores. Ellos van a encontrar los requisitos esenciales de los buenos libros. Formidables historias y tersa lectura.

La obra de Camposeco despierta esa adicción saludable que nutre el espíritu en lugar de socavarlo. El lec-



Ana Gloria Álvarez

tor se verá animado a regresar una y otra vez a la esca-
sa dosis, la de esos dos libros.

El daño colateral podría consistir en que se estimu-
le en el lector el deseo febril porque Víctor Manuel publi-
que pronto de nuevo. Sólo entonces incursionará en su
apacible pero también tenso mundo narrativo.

Mientras se publican, sugiero la relectura. Así como
escuchamos muchas veces nuestra melodía favorita, así
dan ganas de releer los libros de este paisano nuestro.

Texto de MAC leído en la presentación de los libros de Víctor Manuel
Camposeco en el Teatro de la Ciudad de Tapachula, Chiapas.

El Kamasutra en la prepa

Acababan de darme aquel nombramiento prodigioso
cuando le tocó el turno al micrófono a Víctor Manuel
Camposeco y casi casi me llamó espion. Quizá hasta
pensó en la palabra “voyerista”. No mencionó ninguna
de las dos. Habló de ese modo, seguro, por asocia-
ción de ideas, de gran ayuda para los narradores.

Estábamos en La Mesa Redonda, de Tapachula, para
presentar Correo de Hiroshima y Cuentos de volada, de
Camposeco. La noche anterior el acto había sido en el
vestíbulo del Teatro de la Ciudad. Ahí Rubí Mandujano
Ponce de León y el de la tecla hablamos excelencias de la
obra de Víctor Manuel Camposeco. En La Mesa, el pre-
sentador oficial fue Gustavo Gonzalí. Más excelencias.

La profesora Laura Dalila Cancino había actuado de
maestra de ceremonias en el Teatro como lo hizo
Francisco Solares la tarde siguiente. En ambos lugares
Agustín Montaña representó al ayuntamiento, en el
Teatro con la aportación de los canapés y el vinillo. En La
Mesa Redonda un mecenas pagó las cervezas y
Francisco Solares, la botana.

Esa noche conté que nunca me habitué a leer en la
kilométrica mesa de la biblioteca de la prepa por un
rumor sicalíptico. Sobre la mesa barnizada y pulida,
decían, fornifollaban el director y la bibliotecaria.
Hubiera querido citar la fuente de información, pero des-

pués de cuarenta y cinco años ¿cuál era? ¿Chong Solís José Freddy, Cruz de León Roberto, De la Torre Matalí Alberto, Esquinca Ballinas Guillermo? Ignoro si estaban al tanto las compañeras, Gálvez Tere, Rivero María Eugenia o Pulido Jovita. Todo aquel compañero ajeno a la biblioteca, por las razones que fueran, esgrimía el mismo pretexto: ¿Cómo?... o bien: ¡Ish!..., antecedente del ¡guácala!

Al día siguiente dije al micrófono que me había llamado la atención el convoy de mesas. La habían estructurado con la forma de un reloj de pulsera extendido, la mesa redonda en medio. Unas treinta personas bebían cerveza y paladeaban el caldo de camarones, los tacos en salsa roja y los dados de lomo de cerdo.

Iba a contar de la tarde que un amigo de nacionalidad campechana bailó arriba de la mesa redonda. El amigo era poeta, actor y priista, ¡qué espanto! Su pareja de baile fue una intelectualita chaparrita de gafas pero de muslos macizos y torneados, y muy arrecha. Bailaron un rock fragoroso interpretado a trancas y barrancas por un trío de marimberos itinerantes. Uno de ellos hacía tremolar algo semejante a un cencerro.

Olvidé contar el episodio debido a aquel nombramiento otorgado por Paco Solares. Me distrajo y provocó en mi espíritu una confusión prolongada. También divagué en que ¿había ocurrido en realidad el baile? ¿Lo soñé? ¿Por qué lo hubiera permitido don Pablo Solares (†), el creador de La Mesa Redonda, enseguida de La Gota de Oro? También me distraje por los buchec cuantiosos de cerveza, porque habían transcurrido dos o tres sexenios y porque quizá lo he imaginado para usarlo en cualquier mamotreto.

Así que cuando fue el turno de Camposeco y dijo, asociando ideas, que yo era casi casi un espión, un “voyerista”, por la mesa de lectura y por la mesa en forma de reloj, quise aclarar el punto. Pero ya había

pasado mi turno y hubiera sido de mal gusto echarle a perder su particular asociación de ideas.

Además estaba analizando el nombramiento de Paco Solares. ¿Por qué me había gustado? Años atrás me designaron presidente de la Asociación de Veteranos Sobrevivientes de La Mesa Redonda, o algo así. Pero la palabra presidente me parece despreciable como debe parecerle despreciable a todo anarquista o nihilista. Sin embargo llamarlo a uno “Hijo de La Mesa Redonda” era un honor envidiable.

A quienes censuran el que propicie la presentación de libros en La Mesa Redonda suelo arrojarles a los bajos una carrillera de cohetes chinos virtuales. Es decir, les digo que, en lugar de pasármela en la biblioteca de la prepa, acompañaba a mis compañeros a La Mesa para extasiarme con la exquisita botana. De paso les informo que de ese modo crecí mis últimos cinco centímetros de estatura.

Iba a decirle a Camposeco que nunca vi al director vs. la bibliotecaria, sobre la mesa de lectura, como lo dejé claro en mi texto. Incluso el ingeniero Cruz de León Roberto me dijo en el Teatro que no hubiera habido ningún problema si le atribuyo la divulgación del suceso.

Un narrador tiene que ser un espión, un “voyerista”. Pero de tomo y lomo. Si además eres reportero te conviertes en un megaespión. Lo fui desde los tres años cuando me trepé al fregadero de la casa de mi abuela para espiar a la sirvienta. Ella era una tonalteca morena y de tetas grandes y muslos torneados. Su figura se me viene íntegra a la memoria cuando la evoco. De la biblioteca de la prepa no creo haberme perdido nada. Luego de que me pasaron los datos (duros) eché a andar la imaginación y visualicé a la pareja como si desfilaran ante mí los mejores pasajes del Kamasutra. Alberto, Guillermo, Pepe, Roberto, y yo, estamos siempre en la escena, atentos, sentados alrededor, tomando nota de las machincuepas. ■